

Francisco Romero

El último amanecer

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

www.ebaobab.com

pacoromero@ebaobab.com

La acción se desarrolla en el interior de un viejo bar en un único acto. El local cuenta con una barra, un par de mesas con pocas sillas y una televisión encendida en la que se ve la nieve que aparece cuando se ha cortado la emisión.

PERSONAJES:

GUILLERMO

TITO

CLAUDIA

ERNESTO

ALFONSO

EVA

DIEGO

JULIA

Tito está durmiendo sobre la barra del bar. Sus ronquidos son sonoros. Entra Guillermo y mira a Tito.

GUILLERMO. ¡Qué suerte tienes amigo al dormir en una noche como esta!... ¡Qué envidia me das! Llevo meses sin dormir y el insomnio me ha atrapado. Si yo pudiera descansar sería feliz... No parece mucho lo que pido, pero sí que lo es... Claro que tú me podrías contestar que ya dormiré mañana, pero no será igual... Quizás no sepas que a partir de mañana todo será distinto. Todos caeremos en el último sueño, y esta vez no habrá despertar... La mayoría ya han huido. Están desesperados, tratan de buscar algo que les proteja de la tragedia... Pobres, no saben que ese esfuerzo es inútil, hemos agotado el cupo de fortuna que nos corresponde como hombres. Ya no vale ningún refugio... (Se acerca a la televisión y trata de buscar un canal que se vea, pero no encuentra nada.) Hasta ellos han huido... No sé si tu sueño es inteligente, estúpido o ingenuo, pero te envidio... No sabes cómo te envidio.

Entra Claudia.

CLAUDIA. Vaya por fin encuentro a alguien que no se ha largado de esta maldita ciudad. Pensaba que me había quedado sola.

GUILLERMO. Algunos creemos que no merece la pena salir corriendo.

CLAUDIA. ¿Tan mal estamos?

GUILLERMO. Peor.

CLAUDIA. (Mira a Tito.) Pues mira, si todos estamos igual de jodidos, no hay por qué lamentarse.

GUILLERMO. Es una forma de verlo.

CLAUDIA. ¿Quién es este que duerme tan tranquilo?

GUILLERMO. No lo sé. Ya dormía cuando he entrado. Parece ajeno a todo lo que ocurre a su alrededor. Puede que sea un borracho, un irresponsable o un sabio.

CLAUDIA. Sea lo que sea, mucho mejor para él porque no pierde el tiempo comiéndose el tarro.

GUILLERMO. Desde luego que es afortunado.

CLAUDIA. Oiga, ¿no quedará alguna bebida fría en este bar? El calor que hace es agobiante y estoy seca. Si tengo que morir no lo quiero hacer de sed.

GUILLERMO. No lo sé. Acabo de entrar. También la sed me ha guiado hacia aquí. Voy a mirar detrás de la barra para ver si queda algo.

Se despierta Tito y se estira sobre la barra.
Guillermo se detiene.

TITO. ¡Vaya, vaya!... ¡Qué agradable sorpresa! Supongo que mi suerte debe estar cambiando. Me dormí solo y acompañado me despierto... Saben, durante toda la vida siempre me ha pasado lo contrario, cuando me acostaba acompañado, me solía despertar solo. Quizás se deba a que ronco mucho, o puede que las mujeres prefieran a unos hombres para dormir y a otros para despertar... Es curioso, nunca lo había pensado de esa manera, y es un planteamiento que merece ser estudiado...

CLAUDIA. ¡Alto amigo! Para un momento. ¿Queda algo de beber en este garito? No puedo escuchar

sermones con la garganta seca.

TITO. Algo hay. Permítanme invitarles a tomar una cerveza en mi humilde bar.

GUILLERMO. Gracias, la necesitamos.

TITO. ¿Vienen juntos?

GLORIA. Yo siempre voy sola. (Se vuelve hacia Guillermo.) Aunque puede que en otro momento no hubiera tenido inconveniente en marcharme acompañada si este caballero lo hubiera deseado.

TITO. (Se baja de la barra y coge tres cervezas.) Ya veo que ni en el último día, ni como propietario de un bar de moda alcanzaré la categoría de caballero. (Les entrega las cervezas.)

CLAUDIA. Lo siento, no pretendía ofenderlo.

TITO. No se preocupe, hace mucho tiempo que dejé de aspirar a tan alto rango. Para ser ofendido, uno se debe sentir rebajado, y nadie me puede rebajar más de lo que yo he hecho. Pero bebamos que es lo único que importa. (Beben los tres.)

CLAUDIA. Lo necesitaba, no soporto este calor

tan asfixiante.

GUILLERMO. Nunca pensé que beber una cerveza fría me pudiera producir placer.

CLAUDIA. He conocido cosas mejores, pero reconozco que no está mal para ser el final.

TITO. En situaciones de apuro solemos rebajar el nivel de nuestro disfrute, y nos alegramos con aquello que en otro momento nos disgusta. Puede que esto sea lo máximo que nos queda por gozar.

CLAUDIA. (Sorprendida.) Tus palabras no corresponden a tu ropa.

TITO. ¿Por qué no?

CLAUDIA. Vistes como un mendigo y hablas como un pensador. ¿Quién eres?

TITO. Una cosa no contradice la otra. La inteligencia no está reñida con la mendicidad, pero disculpen que no me presente. Ni estoy acostumbrado a formalismos sociales ni me apetece hacerlo, y no parece que puedan ser útiles en el futuro las amistades que se hagan en esta noche, aunque Tito me pueden

llamar si les apetece.

GUILLERMO. Veo que al menos es sincero.

CLAUDIA. Nunca se fíe de las apariencias.

TITO. En eso lleva razón la señora, siempre he tenido grandes dotes para la mentira. Eso es primordial para los mendigos y los políticos, pero esta noche no hay lugar para ellas... O tal vez sí. En cualquier caso, eso ya no importa demasiado.

GUILLERMO. ¿Es suyo este bar?

TITO. Sí, tomé posesión esta tarde cuando sus dueños huyeron cargando con todo lo que podían por si les resulta útil para la otra vida. Me temo que no llegarán lejos, pero a nosotros no nos importa. Como anfitrión, hoy doy lo que tengo y no pido limosna.

GUILLERMO. ¿Por qué no han huido con el resto de la gente?

TITO. ¡Cómo! ¿Y dejar pasar esta oportunidad? Me he pasado media vida huyendo y viviendo de las sobras de otros. Esta es la única ocasión en que puedo sentirme propietario de algo... Esta noche no soy

un vulgar mendigo, soy el dueño del mundo y este es mi trono. Aunque mi reinado sea breve, reinado será y estoy dispuesto a disfrutarlo.

CLAUDIA. Yo pensaba que todo era mentira y que no iba a pasar nada, pero cuando se cortó la televisión y el teléfono, supe que algo serio iba a suceder. Luego vi que la gente huía aterrada; buscaban refugio y las iglesias se colapsaban. Entonces entendí que era el fin. Tantas veces me he sentido engañada que no lo he tomado en serio, y ahora no tengo ningún sitio al que acudir... No me gustan las iglesias y no conozco otros refugios donde pueda estar a salvo.

TITO. ¡Qué me van a contar de las iglesias! Son mis sitios preferidos para dormir por el silencio que las envuelve y donde mejor se soporta este calor infernal, pero hoy no he encontrado ninguna libre ante la avalancha de desesperados que buscan su salvación.

GUILLERMO. Es el último recurso de los creyentes. Buscan acomodo en la otra vida porque esta se acaba antes de lo que esperaban.

TITO. Es curioso, llegan pidiendo millones de mila-

gros individuales, nadie habla de milagros colectivos. Para esto no hay solidaridad que valga ni fe que dé respuestas. Pero mientras ellos rezaban, y no me han dejado dormir la siesta, he encontrado un bar para mí solo... Quizás deba admitir que los milagros existen, pero no siempre se encuentran donde uno espera que se produzcan.

CLAUDIA. (Dirigiéndose a Guillermo.) Y un hombre tan bien arreglado, ¿qué hace aquí? Usted no es como nosotros, debe ser de los que sí pueden encontrar un lugar donde ponerse a salvo.

GUILLERMO. Me gustaría que existiera ese sitio, pero esta vez no hay posibilidad de salvación. De nada me vale salir corriendo.

CLAUDIA. No le creo. Los poderosos se salvarán como siempre lo han hecho. Las desgracias masivas solo existen para los pobres.

GUILLERMO. Le aseguro que sé lo que digo. Llevo años estudiando las consecuencias del cataclismo, y les aseguro que serán trágicas. Más graves incluso de lo que se ha dicho en televisión.

CLAUDIA. Entonces no entiendo para qué les ha servido toda su ciencia si han sido incapaces de encontrar una solución.

GUILLERMO. Parece ser que no ha servido de mucho, aunque podría haber sido distinto si los que gobiernan lo hubieran tomado en serio cuando se les avisó. Pero eso ahora ya no es importante.

CLAUDIA. ¿Usted sabía que esto iba a pasar hace mucho?

GUILLERMO. Desde hace cuatro años, pero tuvimos que guardar el máximo secreto para no alarmar a la población... Cuatro años sabiendo que la vida tenía un límite y siendo incapaces de hacer algo por prolongarlo.

TITO. Menuda putada tío. Supongo que sería como saber el número de la lotería y no tener dinero para comprarlo.

GUILLERMO. Más o menos, aunque en este juego no se beneficia uno. Todos hemos perdido y no podremos jugar nunca más.

TITO. Pero hombre, no sea usted ingenuo, a nadie

le preocupa que se salven los demás. Lo único que nos consuela del dolor es la desgracia ajena. Muchos prefieren condenarse antes que conceder una oportunidad de salvación a otros... A los políticos no se puede ir ofreciéndoles una receta para la salvación del mundo, eso nunca les ha interesado. En cambio, si les hubiera ofrecido algo para destruir a sus rivales, ahora sería el hombre más rico del mundo.

GUILLERMO. Veo que no siente simpatía por los gobernantes.

TITO. La misma que ellos por mí. Los que mandan me ignoran, y yo he aprendido a vivir sin ellos, y ahora parece ser que jefes y lacayos nos iremos juntos de la mano. Por una vez la democracia se cumplirá y todos seremos iguales.

CLAUDIA. Es terrible esta soledad. Me siento condenada, mañana habremos muerto y no hay nada que podamos hacer.

TITO. Me temo que no estaríamos mucho mejor si ese asteroide, o lo que quiera que sea, decidiera dar marcha atrás. La destrucción ya está integrada en nosotros y no podemos vivir sin ella. Inventaríamos al-

guna otra forma de masacrarnos. Al menos esta será una muerte equitativa porque no hará distinción entre ricos y pobres, beatos y pecadores.

GUILLERMO. En eso lleva razón. Jamás podríamos pensar en un fin más justo.

TITO. Nunca he sido religioso, pero les aseguro que el juicio final me lo imaginaba de otra forma. No me negarán que esto tiene gracia: en la era de la sofisticación, de la tecnología más avanzada y del hombre como dueño absoluto del universo, tenemos que morir de una forma tan rudimentaria. Qué triste epitafio para el hombre: Vivió miles de años, creó obras maravillosas y realizó prodigios científicos que le convirtieron en la criatura más extraordinaria del universo. Murió, por imbécil, de una enorme pedrada en la cabeza.

CLAUDIA. ¿Cómo puede tomarse todo esto a broma?

TITO. Le aseguro que no me burlo, pero tampoco pienso lamentarme de mi mala suerte.

GUILLERMO. Cuando el daño afecta a todos, el

dolor que sentimos es menor. ¿De qué serviría sobrevivir si estuviéramos solos?

CLAUDIA. Eso no me consuela.

TITO. No niego que me produce cierto morbo.

Entra Ernesto. Lleva un crucifijo en sus manos.

ERNESTO. Arrepentíos pecadores. Aún estáis a tiempo de salvar vuestras almas, ya que vuestros cuerpos están condenados a perecer en las llamas del infierno.

TITO. ¡Hombre, el que faltaba! Mira por donde lo que prometía ser una noche apocalíptica, puede terminar siendo una noche muy entretenida y hasta ilustrativa.

ERNESTO. Rezad, infieles, para suplicar el perdón.

GUILLERMO. ¿Qué perdón?

TITO. La ciencia y la religión juntas. Esto huele a una hermosa hoguera, aunque en esta ocasión todo parece indicar que ambas irán juntas de la mano a recibir el fuego purificador. Padre, acláreme una duda

que tengo: ¿quién nos manda este castigo, el cielo o el infierno?

ERNESTO. Blasfemo, hereje, hombre de poca fe. Pecadores como tú han sido los que han provocado la ira de nuestro Señor, y ahora él nos envía el castigo que merecemos.

TITO. ¡Qué gran honor me hace al ser considerado importante por su Dios! ¿Quién me iba a decir que en este día me pasarían tantas cosas? Si llego a saber que el Apocalipsis era esto, hubiera rezado en su iglesia para que llegara antes. Lo que para otros supone el fin, para mí se está convirtiendo en un día de fiesta.

ERNESTO. Con tu sacrilegio no vas a conseguir nada.

TITO. Sí, incordiar.

CLAUDIA. Basta ya de charlas inútiles. Tengo miedo, no estoy preparada para morir, quiero seguir viviendo.

ERNESTO. Tranquilízate hija, los justos de espíritu no mueren. El cielo es grande y el señor acogerá nuestra alma. Pero será implacable con los pecadores. Solo

si todos nos arrepentimos se producirá el milagro divino.

CLAUDIA. Hablas de justicia, pero tu iglesia no es justa, nunca lo ha sido y me parece que tampoco va a serlo ahora.

ERNESTO. Mientes, la justicia y el amor son la base de nuestra iglesia, la única verdadera, porque es obra del Señor. Acércate a nosotros y las puertas del cielo se abrirán a tus pies.

CLAUDIA. Me temo que tu religión no concede el cielo a las putas, aunque sí a muchos de sus hijos.

TITO. (Riéndose.) Eso ha sido muy bueno. Yo no habría sabido expresarlo de una forma más clara y convincente.

ERNESTO. No blasfemes, hija, por tu boca habla el demonio. Dios es justo y bondadoso, nunca es tarde para encontrar el verdadero camino. Aún estás a tiempo de la redención si te arrepientes de tus pecados.

CLAUDIA. Ahí está el problema padre. No me arrepiento de lo que usted llama pecados, sino que creo que me hubiera gustado pecar más.

ERNESTO. Esas palabras no las dice tu corazón. Son fruto del odio que sientes hacia una sociedad que no se ha portado bien contigo. La sociedad la han creado los hombres y su vanidad, y sus debilidades la han llevado al caos, pero en el cielo está Dios. Él es omnipotente y nos dará la salvación a través de la virtud.

TITO. (Gritando.) Hagan juego señores, hagan juego que gana la banca, vamos, hagan sus apuestas: ¿Apocalipsis final o milagro celestial? Apuesten todo lo que tengan, es su última oportunidad de entrar en el gran juego... Pero recuerden, la Iglesia gana, siempre gana y si por cualquier circunstancia no lo hace, cambia las reglas del juego y vuelve a ganar.

ERNESTO. Pobre desgraciado, ¿qué sabrás tú de las grandezas y miserias humanas? Nuestro Señor todopoderoso es justo y perdona a los pobres de espíritu que se arrepienten de sus pecados.

TITO. Yo no critico a su dios, líbreme el cielo. Quién soy yo para juzgar a los dioses si ni siquiera conozco a los hombres. Soy un mísero humano, como todos los que se encuentran en este bar, y digo que si tu dios es grande, no necesita de inquisidores que, espada en

mano, vayan reprendiendo a modestos pecadores y los envíen a la hoguera.

ERNESTO. Dios es muy grande, pero el pecado se vale de terribles vericuetos para tentar al hombre, por eso somos imprescindibles los representantes de Dios, para vigilar que se cumplan sus leyes antes de que sea demasiado tarde.

GUILLERMO. Ya es demasiado tarde.

ERNESTO. No.

TITO. Creo que aquí pierde su valioso tiempo. Debería ir a predicar a los bancos, a las multinacionales y a los palacios. Ese siempre ha sido su lugar: predicar en nombre de los pobres pero rodeados de riquezas. Es más cómodo pisar alfombras que fango.

GUILLERMO. Creo que no se trata de la noche más indicada para juzgar la religión, ni para especular con el poder de Dios, y más cuando en pocas horas conoceremos su auténtico poder, si es que lo tiene.

ERNESTO. Puedes estar seguro de que lo tiene. Él tiene el auténtico y único poder sobre la tierra.

GUILLERMO. Entonces es posible que haya utilizado ese poder para exterminar la mayor plaga que ha existido en el universo. Siempre hemos creído que Dios hizo al hombre como su fiel reflejo. Ahora me pregunto si no será el hombre el que ha creado a Dios a su imagen y semejanza.

TITO. ¡Qué grandes perspectivas para un debate se nos acaban de abrir! Lástima que no esté la televisión para ofrecerlo a toda su audiencia, lo que disfrutaría siendo el moderador de ese programa: ¿Quién fue antes, Dios o el hombre? ¿Quién morirá antes? ¿Seguirá existiendo Dios después de que el hombre desaparezca? Continúen con nosotros, todo esto y mucho más después de la publicidad.

CLAUDIA. ¿Cómo pueden hablar de poderes, plagas y televisión en estos momentos? ¿Acaso han vivido tan poco que no quieren llevarse nada consigo? ¿Qué les queda de sus vidas? ¿Están tan vacías que no tienen nada más que esperar su destrucción? Por una vez déjense de teorías, de religión y de grandes palabras llenas de trascendencia y hablen de emociones, de sentimientos, de amor, o es que nunca han sentido amor en su vida.

TITO. Eso también promete. Resulta muy interesante que el tema lo plantee alguien que alquila en pequeñas dosis un amor que probablemente nunca ha tenido.

CLAUDIA. ¿Qué sabrás tú del amor?

TITO. Soy docto en el tema, sé tanto como el que más. Nada, pero eso es mucho comparado con los conocimientos que otros pregonan.

ERNESTO. Del amor soy el único indicado entre los presentes para hablar. Sólo a través de la fe se llega al amor de nuestro Señor y de ese amor me encuentro lleno.

GUILLERMO. Perdóneme padre por mi indiscreción, quizás no sea el momento ni el lugar más indicado, pero tengo curiosidad por resolver una cuestión.

ERNESTO. Puedes preguntar lo que desees.

GUILLERMO. Siempre me he preguntado como aman los miembros de la iglesia a las mujeres.

ERNESTO. Para la iglesia no hay diferencia. Dios dijo: amaras a tu prójimo como a ti mismo.

TITO. Y sobre las prójimas, ¿dijo algo?

ERNESTO. Esa pregunta es una impertinencia y no merece contestación.

CLAUDIA. Uno de mis clientes más asiduos era obispo y tenía una opinión muy particular sobre el tema.

ERNESTO. (Alterado.) Ten cuidado con lo que dices. Estás levantando un falso testimonio contra un miembro del clero.

GUILLERMO. ¿Cómo puede estar seguro de que miente sin haber escuchado lo que ella tiene que decir? Oigamos su historia.

TITO. Adelante, hablemos sobre la lujuria eclesiástica. Esto no me lo pierdo por nada.

CLAUDIA. El obispo era un personaje muy especial y noble. Me consta que durante dos años fue fiel a mis servicios. Según él, la primera vez vino por obligación. Dijo que quería saber cómo eran los pecados de la carne para poder condenarlos en su justa medida. Tenía miedo de equivocarse en la aplicación de las penitencias.

TITO. Sin duda no es condenable su actitud. La medición de los pecados es muy importante para imponer un castigo adecuado. ¿Por qué fue en las siguientes ocasiones?

CLAUDIA. Venía a completar su trabajo. Decía que era una carga muy pesada, pero aceptaba el sacrificio, ya que llevaba a la salvación de almas. Si conocían bien el pecado, podrían combatirlo.

GUILLERMO. Ese es un razonamiento científico muy coherente. Sin duda buscaba una vacuna para tan temible enfermedad.

TITO. Supongo que la lucha de nuestro prelado sería terrible para no caer en las garras del demonio, y grande su sufrimiento.

CLAUDIA. Se dedicó a ello con gran ahínco y no parecía sufrir mucho con la tortura. Yo diría que tenía predilección por el masoquismo, aunque siempre, después de acostarnos, me obligaba a tomar confesión. Decía que la penitencia nos redimiría a los dos del pecado que acabábamos de cometer.

ERNESTO. (Indignado.) ¡Mentira! Todo eso es una

sandez que se ha inventado para desprestigiarnos.

CLAUDIA. Mire, padre, faltan pocas horas para que esto termine. En las actuales circunstancias poco beneficio le puedo sacar a la mentira. Juro que lo que he contado es cierto y me da igual que lo crean.

TITO. Resulta muy instructivo. Si las más altas jerarquías eclesiásticas hubieran procedido de la misma manera que nuestro apreciado obispo, el sexo sería un sacramento de cumplimiento diario.

ERNESTO. Eso es una necedad dicha por un resentido. En todo rebaño existe una oveja negra que sirve para demostrar la grandeza de los que se sacrifican para salvar a sus fieles.

TITO. ¿Qué fue del muy ilustrado y sacrificado obispo?

CLAUDIA. A los dos años dejó de venir. Luego me enteré de que lo trasladaron de diócesis, pero no supe nada más de él.

GUILLERMO. Lástima que no se publicaran los resultados de su investigación. Tengo la impresión de que hubiera sido un documento extraordinariamente

enriquecedor.

ERNESTO. Basta ya de calumnias. (Levanta el crucifijo.) Señor perdónales porque no saben lo que hacen movidos por la desesperación. Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea...

TITO. Creen que todo se arregla implorando perdón y rezando.

Ernesto continúa orando. Entra Alfonso y Eva va tras él.

ALFONSO. ¿Dónde está el refugio?

TITO. ¿Qué refugio?

ALFONSO. Sé que hay un refugio donde la gente se esconde para estar a salvo, y tengo que encontrarlo urgentemente.

GUILLERMO. Me temo que no existe un lugar para refugiarse. Ningún búnker es más seguro que este bar.

ALFONSO. No mientan. Tengo dinero, pagaré lo que sea por encontrarlo. No nos quedaremos fuera después de tanto sacrificio.

TITO. ¡Un momento! Si tiene dinero la cosa cambia. Yo sé de algún sitio que podría adaptarse a sus necesidades, aunque, por supuesto, es muy caro y no dispone de las comodidades a las que estarán acostumbrados tan prospero caballero y la hermosa joven.

ALFONSO. No me importa el precio ni el lujo, sólo quiero que sea un lugar seguro donde pueda estar a salvo con mi hija.

ERNESTO. (Dejando de rezar.) No le haga caso, este mendigo es un estafador. La única protección se encuentra permaneciendo al lado del Señor, junto a él encontrarán la salvación.

TITO. Le aseguro que al menos su dinero se salvará de la tragedia. Ellos sabrán cómo utilizarlo, y a cambio le entregaran indulgencias al portador para que pueda canjearlas en el cielo por una bonita corona de santo. El mecanismo es el mismo que el de las acciones de la bolsa, y supongo que usted tendrá muchas.

EVA. (Llorando.) No quiero morir todavía, soy muy joven y necesito vivir más.

ERNESTO. Hija mía, esta vida no es la más impor-

tante, solamente es una transición para llegar a un mundo mejor. Bienaventurados los que mueren jóvenes porque ellos llegarán antes al reino de los cielos y tendrán más tiempo para disfrutar de la vida eterna, dijo nuestro Señor.

EVA. ¡No, yo no quiero esa muerte! Quiero vivir más, quiero conocer el amor antes de morir.

ALFONSO. Vámonos hija. Te aseguro que encontraré un refugio para que puedas estar protegida.

EVA. No puedo más, papá, estoy cansada, muy cansada. No soporto este calor.

ALFONSO. Pero no podemos quedarnos aquí, seguimos en peligro. Hemos de ponernos a salvo.

EVA. Me parece que donde quiera que vayamos seguiremos en peligro. Tengo mucha sed.

Claudia coge una cerveza y se la entrega a Eva.

CLAUDIA. Pobre, el amor nada menos, que osadía... Decías que quieres conocer al hombre al que amaras antes de morir. Pobre niña... Míralos, aquí tienes a los hombres, están todos representados. Estú-

dialos detenidamente y decide si alguno es digno de ese amor.

Eva deja de llorar y la mira extrañada. Claudia se acerca a Tito.

CLAUDIA. Empecemos por este caballero o lo que sea. Se considera un gran pensador, es un hombre libre que camina por el mundo sin ataduras, un idealista que sin duda conoce cómo conseguir una vida mejor... Aquí tienes a lo que ha llegado. Se ha convertido en un mendigo parlanchín que por fin consigue burlarse de la desgracia ajena tras muchos años de sobrevivir a la propia. ¿Es este el amor que buscas?

EVA. Claro que no.

CLAUDIA. (Se acerca a Ernesto.) Pasemos entonces a este otro caballero. Noble, espiritual, virtuoso, que reniega de este mundo mientras vende uno ideal y maravilloso, con el pequeño inconveniente de que es necesario morir antes de conocerlo. Este hombre no ha tenido contactos con mujeres y dice ser feliz con ello. ¿Por qué no lo habrías de ser tú sin conocer hombres? (Mira a Eva.) No, yo tampoco me lo creo.

Se acerca a Guillermo.

CLAUDIA. Este hombre es muy interesante, ha consagrado su vida a la ciencia buscando ampliar sus conocimientos por el bien de la humanidad. Sin embargo, no le ha servido de mucho cuando su final va a ser igual al del resto de nosotros. Este tipo de hombre es frío, calculador y en sus relaciones con las mujeres buscan a una pareja que no les haga preguntas ni les distraiga de su ciencia. O mejor aún, a una puta con la que desahogarse periódicamente por poco dinero. Las putas son más baratas que el matrimonio y causan menos problemas.

ERNESTO. ¡Quieres callarte de una vez! Tus calumnias llevan a esta pobre chica a la confusión.

CLAUDIA. Ya termino padre, sólo me falta él. (Mira a Alfonso.) El hombre poderoso, el dueño del dinero, el hombre que la mayoría de las mujeres desean. Él nos concede los caprichos, nos compra pieles, las joyas y solamente nos exige a cambio sumisión y belleza... No parece mucho y su oferta es tentadora. ¿Qué más podemos pedir? Claro que una vez que es dueño de tu belleza se vuelve ruin y, con la excusa

de protegerte, te encierra en una cárcel de oro de la que es imposible salir mientras seas hermosa. Después, cuando ya te ha exprimido, te arrojará a la calle porque habrá encontrado a otra pobre ignorante, más bella, a quien encerrar.

ALFONSO. ¡No le hagas caso, Eva! Esta mujer está loca y no dice más que sandeces.

CLAUDIA. Tal vez lo sean o quizás no. Tú decides... Hasta aquí has llegado por hacerle caso a un padre que todo lo hace por tu bien, y no pareces muy feliz. Ahora es el momento de hacerte mujer, aunque sea por unas horas, y eso pasa por salir del camino que te ha marcado tu padre.

EVA. ¡Basta ya! Todos ellos son viejos. Yo quiero un hombre joven con quien ser feliz... Siempre que aparecía alguno me decían que ese hombre no era digno de mí, que yo merecía a alguien mejor, pero nunca ha aparecido ese alguien.

CLAUDIA. (Señalando a Alfonso.) Ni aparecerá mientras lo tengas a tu lado, porque se considera un ser superior. Mírale, ¿tú crees que le importas? No, eres una de las muchas posesiones que ha conseguido

durante su vida, todas a cambio de dinero, pero este hombre no ama porque eso es algo que no se puede comprar. Se tiene que dar y su ruindad le impide ofrecerlo.

ERNESTO. ¡Mala mujer, no te metas con la familia! No hay nada más bello que el amor que los padres sienten por sus hijos.

TITO. Llegamos a la familia, brillante tema sobre el que parlamentar en esta noche de reflexión. ¿Qué es la familia? ¿Qué representa? ¿Es necesaria la familia? ¿Qué haríamos sin familia? Sin duda, se trata de un amplio abanico de posibilidades para amenizar las escasas horas de tertulia que nos quedan.

ALFONSO. ¡Vámonos hija! Encontraremos el refugio, aquí están todos locos y no podemos perder más tiempo escuchando sus disparates.

TITO. Intervino el pater familia. Brillante comienzo aludiendo a la locura del resto del mundo para proteger a sus vástagos, aunque en este caso la hija ya tiene edad de tomar decisiones. ¿Acaso piensas igual que tu padre y crees que la paz del hogar te defenderá de la locura colectiva del resto de la humanidad?

EVA. (Dirigiéndose a Alfonso.) No, no quiero seguir contigo papa. Siempre tuve miedo de decírtelo, pero no deseo continuar tu camino... Lo que tú hacías era perfecto y los demás estábamos equivocados. No te aguanto más, si voy a morir, no quiero hacerlo a tu lado. (Vuelve a llorar.)

ALFONSO. Pero Eva, no entiendo por qué me dices esto ahora.

ERNESTO. Son malos tiempos para la juventud. La crisis de valores y la falta de moral han desestabilizado la sociedad.

Todos permanecen en silencio mientras Eva llora.

TITO. Pero cómo un tema tan apasionante como la familia provoca el silencio. Mal merece este mundo continuar cuando el silencio es la principal fuente de entendimiento.

GUILLERMO. Yo tengo dos hijos, pero hace años que no los veo. Mi mujer me dejó y se marcharon con ella. Desde entonces me ha sido imposible dormir bien.

TITO. Así que no solo la necesidad del saber cien-

tífico le ha traído hasta aquí, también la soledad le tiene atrapado.

CLAUDIA. Lo sospechaba.

GUILLERMO. Mi obsesión por la ciencia, la sensación de que la vida es demasiado corta para abarcar todo lo que deseaba aprender me llevó a un alejamiento de mi familia. Hasta que se fueron, yo pensaba que los quería y que eran felices a mi lado. Cuando me di cuenta de que yo no quería a nadie, era demasiado tarde, ya no los podía recuperar.

ERNESTO. ¿Trató de rectificar?

GUILLERMO. Al principio lo intenté. Después descubrí que no era capaz de hacerlo. Pienso que si me hubiera aferrado a ellos les hubiera hecho más daño. Al menos sé que les ha ido bien y han recompuesto sus vidas.

CLAUDIA. ¿Qué siente un hombre sabio cuando ve que lo que ha estudiado únicamente le ha servido para encontrar la soledad?

GUILLERMO. Dolor y angustia. El vacío es inmenso, pero no sé hacer otra cosa y he tenido que

seguir estudiando y escribiendo lo poco que he aprendido. ¡Qué poco valor tiene la ciencia cuando no va unida a la vida!

ALFONSO. Tengo miedo, no quiero que esto se acabe. No puede pasarme a mí, ahora, cuando todo me iba bien... No es justo. ¿Por qué tiene que llegar el fin?

TITO. (A Ernesto). Padre, mande un telegrama urgente a su jefe con el siguiente texto: «Ruego retrase destrucción. Hombre poderoso no está preparado para el impacto y ofrece importante recompensa si su petición es satisfecha».

ERNESTO. ¡Miserable! Sólo le sacas partido al dolor ajeno.

TITO. No padre, yo no gano nada con el dolor. El partido se lo sacan ustedes que han montado un inmenso negocio en función del sufrimiento ajeno y traficando con los milagros. Yo me burlo del dolor, este es uno de los escasos privilegios de los mendigos. No tenemos necesidad de mostrar compasión porque ya la hemos gastado toda en nuestras desgracias.

EVA. ¿Qué hizo antes de mendigar?

TITO. Pensar, toda mi vida la he dedicado a cultivar la razón, pero no me ofrecieron los medios adecuados para expresarme y me negué a ofrecer mi legado a la humanidad, y del pensamiento oculto no se puede sobrevivir dignamente...

CLAUDIA. Pensar, pensar. Es cierto que los vivos pensáis mucho, pero por egoísmo y con el único fin de vivir sin trabajar.

TITO. No te falta razón, amiga puta, dicho con todos los respetos para tu profesión. Pensar es incompatible con un trabajo subordinado, porque entonces ese pensamiento también estaría esclavizado. Pero no siempre he estado como ahora, harapiento y mendigando comida y lecho. De una forma muy diferente me habrías visto si hubiera aceptado entrar en el debate del programa televisivo.

CLAUDIA. ¿A qué debate te refieres?

TITO. Al de más nivel que hubo en televisión: «La verdad de los grandes». Me ofrecieron participar en él.

ERNESTO. ¿Acaso pretendes burlarte de noso-

tros? A esa tertulia acudía gente importante.

TITO. ¿Quiénes son los importantes? La televisión los hace famosos pero no importantes. Muy pocos de los que acudieron merecían la pena por sus cualidades humanas... Había actores en busca de una promoción que no podían obtener con sus interpretaciones; escritores mediocres que, por el hecho de haber juntado unas palabras en un papel, se creían los directos herederos de Cervantes o Sterne; y qué decir de los famosos sin oficio, esos parásitos de buen cuerpo y mueca sonriente que aparecen en fiestas y demás actos de repercusión pública para que los vean en el candelero. Esos tipos cada vez que abren la boca agreden el oído desprevenido del que ha osado escucharlos... Por supuesto, también aparecían los especialistas en cada uno de los temas: estaban los expertos en medicina televisiva, los doctores en psicología audiovisual, además de otras muchas modalidades del saber específicamente diseñadas para la televisión. El saber de la televisión es el saber de la mediocridad.

EVA. ¿Cuál iba a ser su cometido en esos debates?

ALFONSO. Seguro que pasar el plato pidiendo limosna.

TITO. Vaya, veo que aparte de dinero, el caballero también posee un gran sentido de la ironía que posiblemente no ha necesitado comprar. Para su información les diré que yo llegué a ser conocido en ciertos círculos culturales por unas tertulias en las que participaba en un famoso café. Mis intervenciones, denominadas: «Crítica de la razón puta» fueron muy seguidas, y desde televisión me propusieron entrar en el programa con la condición de que moderara mi lenguaje y cambiara el título por el de «Crítica de la sinrazón».

CLAUDIA. ¿Qué hiciste?

TITO. No acepté las condiciones.

EVA. ¿Por qué? No parecen demasiado duras.

TITO. Tal vez no lo parezcan, pero cuando a uno sólo le queda la libertad de pensamiento, y ha de condicionarlo para que lo acepte una audiencia que no quiere pensar, la sensación es terrible... Aceptar hubiera supuesto venderme muy barato.

ERNESTO. ¿Acaso supones que vamos a creernos todo lo que has contado?

TITO. Le aseguro, eminencia, que no me importa su opinión, aunque ello me pueda suponer un destierro aún más alejado del Reino de los Cielos del que estaba destinado.

ALFONSO. En el caso de que fuera cierto lo que ha contado, ¿se considera mejor que el resto por el hecho de no haber aceptado el dinero? Seguro que se ha vendido en muchas más ocasiones de las que cree.

TITO. Sí, es cierto, lo he hecho en muchas más de las que imagina y no me arrepiento de ninguna de ellas. Lo he hecho por una comida, por un lugar donde dormir, por un cuerpo con quien yacer, incluso por un vulgar cigarrillo. Siempre para satisfacer una necesidad, pero nunca vendí mi conciencia.

ALFONSO. Y aquí está, pasando hambre y sin un lugar donde caerse muerto. ¿Se siente orgulloso por ello?

TITO. No me siento orgulloso, pero tampoco me siento inferior. Usted y yo hemos llegado al mismo

sitio y en el mismo momento, ¿De qué le han servido sus millones si al final no puede diferenciarse de un vulgar mendigo? Ni siquiera le han valido para ganarse el afecto de su hija. ¿Qué tiene usted que no tengamos los demás?

ALFONSO. No solo cuenta el final, también cuenta todo aquello que se ha realizado durante la vida.

TITO. Ya lo veo. Se le nota feliz por todo lo que ha disfrutado de su vida, y en justo premio a todo lo vivido le llega este merecido reposo que a otros nos llega como castigo por nuestras fechorías. Sin duda, el jefe de nuestro padre sabrá recompensarle por su labor otorgándole un alto cargo en el otro mundo, mientras mi destino parece ser que se encuentra en las profundidades del infierno. La otra vida parece ser que es más justa y nos colocará a todos en nuestro lugar... Por cierto, padre, hay algo que me intriga y me gustaría preguntárselo.

ERNESTO. Adelante, hijo, todos tienen el derecho a conocer la palabra del señor, hasta los mayores pecadores.

TITO. Siempre he pensado que cuando alguien se

moría, su Dios examinaba cuidadosamente su vida antes de tomar la decisión de mandarlo entre los justos o al reino de las tinieblas.

ERNESTO. Así es.

TITO. Ahora se me plantea una gran duda: con los miles de millones de personas que vamos a morir en pocos minutos, se me antoja imposible poder controlarlos a todos; y, por lo tanto, pueden entrar impostores en el cielo mientras se condenan inocentes.

ERNESTO. Tal vez podría pensarse así, pero hay que tener en cuenta algo muy importante: la infalibilidad de señor. Nosotros no estamos capacitados para juzgar sus procedimientos, pero siempre son los correctos y en Dios no cabe la posibilidad del error.

GUILLERMO. Supongo que esa conclusión la sacaron las altas jerarquías de la iglesia cuando no pudieron encontrar explicación a muchas de las preguntas que se les hacían. El hombre es un ser limitado que nunca estará capacitado para comprender las decisiones divinas. Sin esta premisa la religión carecería de sentido.

ERNESTO. Eso que dice es una infamia. Dios da sentido a la vida del hombre. Este no sería nada si Dios no lo hubiera querido, y todos debemos darle gracias por haber nacido.

TITO. De todas formas, pienso que en juzgar a más de seis mil millones se debe de tardar bastante tiempo, y no faltarán quienes se aprovechen de esta circunstancia para tratar de vender certificados de buena conducta a los que esperen el juicio.

ALFONSO. Dejen en paz al padre. Al menos la religión permite la esperanza, pero de qué han servido todos sus conocimientos científicos y filosóficos si ahora no son capaces de evitar este desastre.

GUILLERMO. Los conocimientos sí han sido válidos, los que no hemos querido aplicarlos somos los hombres... Estábamos tan pendientes de adquirir poder, de aniquilarnos unos a otros, y de destrozarnos todo el planeta que no hemos sabido reaccionar a las amenazas de la naturaleza. Esta es mucho más sabia que los hombres y sabe defenderse de las plagas que la invaden, y hemos sido tan necios que sesenta millones de años después vamos a caer igual que los dinosaurios,

con la ventaja para ellos de que fueron capaces de dominar el planeta durante mucho más tiempo que nosotros.

ERNESTO. ¿No pretenderá comparar al hombre con los dinosaurios?

GUILLERMO. Ellos tenían la fuerza y no les sirvió de nada. Nosotros tenemos la inteligencia, pero la hemos utilizado para aumentar nuestra fuerza, y tampoco nos ha servido de mucho.

TITO. Interesante pensamiento filosófico para proceder de la mente de un científico.

GUILLERMO. La ciencia y la filosofía siempre debían estar unidas. No puede existir ciencia sin una cierta ética filosófica, porque corremos el riesgo de crear monstruos que no podemos controlar.

TITO. Demasiados, con un Frankenstein debería haber sido suficiente, pero han surgido imitadores por todos lados, y los monstruos que han generado no solo se han vengado de sus creadores sino también del resto de la humanidad.

Claudia se acerca a Eva.

CLAUDIA. Los ves, siempre son así. Dedicán su vida a resolver temas trascendentes: hablan de economía, entienden de política, conocen la religión, justifican las guerras... Siempre de los grandes temas se han ocupado los pequeños hombres, y cuanto más pequeños son, más altas son sus opiniones.

EVA. Es cierto, parecen niños.

CLAUDIA. Sí, lo parecen, pero son enanos con grandes barrigas.

Todos los hombres se vuelven hacia Claudia.

TITO. Es curioso que una puta conozca también a los hombres y los meta a todos en el mismo redil.

CLAUDIA. Precisamente porque lo soy los conozco bien, y sé cómo son cuando se les quita esa armadura que llevan.

ALFONSO. Y una mujer que se cree tan inteligente, ¿por qué ha malgastado su tiempo siendo una vulgar prostituta?

CLAUDIA. Mientras los hombres quieran una santa en su casa y una puta en su cama, seguirá habiendo

muchas más putas que santas, aunque no todas cobren por ejercer el oficio.

Los hombres se miran sin atreverse a responder.

EVA. Vaya parece que los hombres se quedan sin respuesta.

Entra Diego, lleva una cámara y comienza a hacer fotos.

ALFONSO. (Ocultándose.) Basta, no quiero que me hagan fotos.

TITO. ¡Eh tú! Deja esa cámara que lo que ella vea no te va a servir de nada.

DIEGO. ¿Estás seguro?

TITO. No, no estoy seguro de nada, pero dicen que hoy esto se va al garete, aunque para mí hace muchos años que ya está en él.

DIEGO. Yo creo que se trata de un montaje y no va a pasar nada. Si es una falsa alarma tendré el mejor reportaje periodístico de muchos años: la gran noche de la destrucción y del pánico.

GUILLERMO. ¿Y si pasa?

DIEGO. Tal vez exista una forma de vida en el otro barrio, y quizás este reportaje también me pueda servir de algo en él.

ERNESTO. No dudes sobre la existencia de una vida mejor.

DIEGO. Perfecto, seguro que en ese lugar publican mis fotos.

TITO. No te hagas ilusiones, ni siquiera en el reino de los cielos son bien recibidos los periodistas. Allí tampoco les gusta que husmeen en sus secretos oficiales.

ERNESTO. No le hagas caso, su corazón está lleno de rencor. En las sagradas escrituras ya aparecían los primeros periodistas, los profetas ejercían de cronistas de la época.

TITO. Grandes periodistas sin duda, siempre se adelantaban a la noticia. Debían tener muy buenas fuentes de información.

DIEGO. Aquello si que debieron ser buenos tiempos para la profesión. Ahora hay una competencia bru-

tal y no hay información suficientes para tantos periodistas. Muchos se inventan las noticias que mejor pueden venderse... Nunca me ha gustado ese estilo. Yo creo que hay que patearse las calles para encontrar algo importante.

GUILLERMO. ¿Y qué llevas visto durante esta noche?

DIEGO. Mucho miedo, escenas de pánico, incluso asesinatos por tratar de encontrar un lugar en los refugios. También he visto mucha soledad, todos los que no se han escondido vagan a la deriva, nadie habla, solo chillan y se pelean. Este es el primer sitio donde encuentro algo de tranquilidad.

ERNESTO. ¿Y en las iglesias, qué pasa en las iglesias?

DIEGO. Están colapsadas, pero la situación es la misma. La gente reza de forma compulsiva, más que rezar exigen, quieren comprar la vida a cualquier precio. Incluso se rumorea que los políticos más importantes se han metido en una nave espacial y se han ido de la tierra para tratar de salvarse.

GUILLERMO. Como buenos capitanes de barco, son los últimos en abandonar la nave que marcha a la deriva.

TITO. Sería curioso verlos a todos encerrados en una pequeña nave con destino a la luna peleándose por ser su primer gobernante.

CLAUDIA. Seguramente esa nave no llegaría a ningún sitio. Los políticos siempre encuentran las palabras adecuadas para decir lo que hay que hacer, pero qué poco saben hacer con sus manos.

ALFONSO. ¡Qué sabrán ustedes sobre política! Les parece fácil gobernar, pero ya me gustaría verlos con el poder en sus manos.

TITO. ¡Faltaría más! ¿Quién podría conocer la política mejor que los dueños del dinero? La ambición de todo capitalista es el poder, y dónde encontrarlo mejor que en el mundo de la política. A los políticos se les puede aplicar el mismo tratamiento que a la materia, no se crean ni se destruyen solamente se transforman. ¿Y qué los transforma?... El dinero, siempre el dinero aunque camuflado de mil formas diferentes que llaman ideales.

ALFONSO. Ese es un razonamiento necio. Ha habido y hay grandes políticos que buscan el bien del pueblo.

TITO. Es posible, puede que haya existido alguno. Si piensan un poco, la política es una actividad profesional que no necesita de una formación previa. Cualquiera la puede ejercer, hasta los militares. Todos entienden de política y tienen la solución a los problemas siempre que estén en la oposición, cuando ocupan el poder, misteriosamente olvidan las soluciones que tanto pregonaron.

ERNESTO. En este momento carece de sentido hablar de política. Ellos nos han metido en esto. La fe es lo único que nos queda.

CLAUDIA. Padre, no insista, que llevamos toda la noche escuchando lo mismo y yo estoy harta de sermones inútiles y absurdos.

ERNESTO. Por mucho que se repita nunca es suficiente. El demonio siempre está llamando a la puerta de los débiles.

Diego apunta lo que oye.

GUILLERMO. ¿Qué estás haciendo?

DIEGO. Tomo nota de todo lo que veo y lo que oigo. Es muy importante para mi trabajo.

GUILLERMO. Si no miras a quien te habla, ¿cómo puedes entender lo que te dice?

DIEGO. Forma parte de nuestra profesión.

TITO. Curiosa profesión la del periodista, arriesgan su vida para contarle al mundo aquello que ven y que escuchan, pero qué pocas veces se ven y se escuchan a ellos mismos.

DIEGO. No entiendo lo que quiere decir.

TITO. Mírate en un espejo y escribe lo que ves, cuenta la noticia que hay en ti. ¿Te has planteado alguna vez si tú eres más importante que tus noticias? O tal vez eso no te lo enseñaron en la universidad. Te dijeron informa sobre lo que veas y lo que escuches pero reprime todo aquello que sientas.

DIEGO. Las noticias no las podemos manipular, hemos de darlas como las conocemos.

CLAUDIA. ¡Ya! Sin manipular. ¡Qué ingenuidad!

Hasta una puta sabe que no hay dos periodistas que den una noticia igual.

TITO. (Dirigiéndose a Diego.) Mira a esa joven detenidamente. (Se acerca a Eva.) ¿Te parece guapa?

DIEGO. Sí.

TITO. ¿Estás viendo a una joven sometida a la tiranía de un padre, o tal vez a una chica angustiada porque este puede ser su último día? ¿Ves a una mujer que habrá disfrutado de su vida, o quizás sentirá dolor por lo que no ha vivido? Ahora, si te quitas el disfraz de periodista, quizás puedas sentir que tu corazón se acelera si te acercas a ella y tus manos tiemblan si te mira. Y profundizando mucho más, puede que desearas quedarte a solas con ella durante estas horas que faltan, y ¿por qué no? puede que ella también lo quisiera. Pero no temas, tus sentimientos no se interpondrán en tu trabajo y seguirás buscando noticias mientras te alejas de la vida.

Diego y Eva se miran. Todos se quedan en silencio. Se oye una fuerte explosión en el exterior.

ALFONSO. ¿Qué ha sido eso?

GUILLERMO. No lo sé, parece que ha sido muy cerca.

ERNESTO. ¿No será esa la gran explosión anunciada?

TITO. Tal vez sea un pequeño anticipo de lo que ha de llegar.

DIEGO. Puede que sea una noticia interesante.

ERNESTO. Si hay heridos, necesitaran apoyo.

TITO. A que esperamos, el morbo de la destrucción espera.

Se marchan los hombres. Claudia coge una nueva cerveza de la barra.

CLAUDIA. ¿Quieres más cerveza?

EVA. No, aún no he terminado esta.

CLAUDIA. Ya los ves. Les encanta sentirse importantes, pero son débiles y fácilmente manipulables.

EVA. Me dan miedo, nunca sé cómo actuar con ellos.

CLAUDIA. ¡Pobre niña, qué engañada estás! La única clave está en que se crean imprescindibles, a partir de ese momento pueden ser fáciles de conducir. He visto tu cara cuando mirabas al periodista. Es un hombre muy atractivo, él si te ha gustado.

EVA. Sí que es guapo.

CLAUDIA. Tal vez podría ser el hombre que estás buscando.

EVA. No lo sé. Creo que ya no me importa.

CLAUDIA. Tu deseo todavía puede cumplirse.

EVA. Eso es imposible. Te olvidas de que queda muy poco tiempo para que esto se termine.

CLAUDIA. Queda suficiente. Tu propósito era ser feliz con un hombre, y para ello bastan unos instantes. No existe la felicidad eterna y menos al lado de un solo hombre.

EVA. Pero apenas si se ha fijado en mí, y a la mínima oportunidad se ha largado con los otros.

CLAUDIA. Es cierto, les encanta moverse en baños y es muy difícil que tomen la iniciativa, pero te

aseguro que le has gustado, y de miradas de hombres entiendo más que ellos mismos.

EVA. De nada sirve hacerse ilusiones.

CLAUDIA. Si que sirven, y te aseguro que algo puede pasar antes de que llegue el alba.

EVA. ¿Y mi padre? ¿Qué pasa con mi padre?

CLAUDIA. En una noche como esta lo que menos necesitas es un padre. Habrá que deshacerse de él.

EVA. ¿Cómo?

CLAUDIA. Huirá de aquí. No tardará en salir corriendo por miedo. No es de los que esperan, ira a comprar su última oportunidad.

EVA. ¿Qué puedo hacer yo?

CLAUDIA. Mucho más de lo que crees. Ante todo no reprimas tu deseo, ni huyas cuando él se acerque.

EVA. ¿Tú crees que se acercará?

CLAUDIA. Lo hará.

Regresan Tito y Alfonso.

CLAUDIA. ¿Qué ha pasado?

TITO. Unos impacientes no han podido esperar a que llegue su turno, y han estrellado su coche contra un muro. Quizás pensaron que si llegaban antes podrían elegir un mejor puesto en la otra vida.

ALFONSO. Pobres chicos, ha sido terrible. Han quedado totalmente destrozados.

TITO. ¿Qué le hace suponer que su final será mejor que el de esos pobres desgraciados? ¿Acaso desconoce los efectos de la catástrofe que nos espera tras la caída de la piedra?

ALFONSO. Sí, lo desconozco. Nunca me fío de lo que me cuentan. Sólo creo en lo que veo.

TITO. Y no parece ver mucho más lejos de su cartera.

ALFONSO. ¿Qué pretende decir con eso?

TITO. Exactamente lo que he dicho.

ALFONSO. Quizás yo no vea mucho, pero sin duda le he sacado mejor partido que usted.

CLAUDIA. Yo creo que si se quitaran las ropas que les diferencian, no serían muy diferentes el uno del otro. Desnudos casi todos los hombres dejan mucho que desear.

TITO. Sería interesante preguntarle al padre si iremos desnudos o vestidos cuando lleguemos al juicio final.

CLAUDIA. Sería más divertido desnudos, aunque me parece que lo que se juzga es nuestra alma y no nuestro cuerpo... El cuerpo abre las puertas en la tierra y el alma en el cielo.

Vuelven Guillermo y Diego. Este va tomando notas en una libreta.

CLAUDIA. ¿Qué ha sido del padre?

GUILLERMO. Vendrá después. Se ha hecho responsable de las almas de esos pobres chicos.

DIEGO. Si las consigue encontrar entre tantos hierros.

TITO. Comienza una dura noche de trabajo para el padre. Deben ser muchas las almas que queden sin

cuerpo en poco tiempo.

ALFONSO. ¿Quedan cervezas?

CLAUDIA. Quedan bastantes para llegar borrachos al final.

Alfonso coge una cerveza y Diego otra.

TITO. (Dirigiéndose a Guillermo.) Antes hablaba de la gran explosión con nuestro potentado. Cuénteles, señor de las ciencias, cuénteles a nuestro magnate cómo será lo que nos espera en pocas horas, y si es para compadecerse por lo que ha visto.

DIEGO. ¿Usted sabe cómo va a ser?

GUILLERMO. De una forma bastante aproximada. Nadie lo sabe con exactitud.

DIEGO. Cuéntelo por favor, lo necesito para mi artículo.

GUILLERMO. La mayoría verá un gran resplandor, una luz de extraordinaria intensidad acompañada de un aumento de temperatura tan brutal que en cientos de kilómetros a la redonda todo quedará carbonizado... Después, los más afortunados que no hayan

perecido instantáneamente oirán una inmensa explosión acompañada del más fuerte terremoto que haya soportado la tierra.

ALFONSO. ¿Habrá supervivientes?

GUILLERMO. Sí, los habrá, pero estarán condenados y lamentaran no haber muerto en el primer momento.

ALFONSO. Eso son pamplinas. Si hay supervivientes, yo he de estar entre ellos.

DIEGO. Continúe por favor.

GUILLERMO. A partir de ese momento, es difícil precisar cómo se desarrollarán los acontecimientos. Se cree que una inmensa nube de polvo y de humo provocará una larga noche que puede durar años. Nadie volverá a ver el sol.

Regresa Ernesto.

ERNESTO. El señor nos da la vida, el señor nos la quita. Demos gracias al señor.

ALFONSO. (Muy nervioso.) Quiero ir al refugio, necesito saber dónde está ese maldito refugio.

GUILLERMO. En la montaña, a la salida de la ciudad hay una mina de sal abandonada, es el único sitio en el que puede haber algunas posibilidades de sobrevivir durante algún tiempo.

DIEGO. Pasé por allí. La situación era terrible, la gente se mataba por una plaza. Ahora debe ser imposible acceder a la mina.

Alfonso se acerca a Eva.

ALFONSO. Hemos de intentarlo, Eva, aquí no tenemos posibilidades y allí nos podremos salvar.

EVA. Yo no me voy. Vete tú y trata de salvarte si puedes, yo me quedaré aquí. Si he de morir, prefiero que la agonía no sea larga.

ALFONSO. Pero aquí no hay ninguna posibilidad, moriremos.

EVA. Ya me da igual. Además, contigo tampoco tengo la seguridad de vivir. Prefiero que te vayas solo.

ALFONSO. Está bien, ya que no puedo obligarte a que me acompañes, me marchó.

Alfonso se encamina a la puerta.

ERNESTO. (Dirigiéndose a Alfonso.) ¡Espere un momento! Mientras quede una persona con vida en este planeta, nuestro señor no permitirá que esté sola, y él me manda esta misión. Voy con usted.

TITO. ¡Faltaría más! La iglesia y el dinero vuelven a marchar juntos, el matrimonio más indisoluble de la historia de la humanidad no se puede romper ni en el último día de la existencia humana.

El padre y Alfonso salen del bar.

EVA. (Dirigiéndose a Guillermo.) ¿Cree que tienen posibilidades?

GUILLERMO. Prácticamente nulas, y si sobreviven, no podrán disfrutar con lo que vean, su muerte será peor que la nuestra.

TITO. Ustedes sabrán lo que hacen, pero yo no quiero estar amargado las pocas horas que quedan, así que pienso emborracharme.

CLAUDIA. (Mirando a Diego.) Se las da de reportero observador y ya se ha olvidado de quién tiene alrededor.

DIEGO. ¿De qué me está hablando?

CLAUDIA. Si no es capaz de verlo por sí mismo, es que no merece descubrirlo.

Diego mira a su alrededor y se da cuenta de que Eva le mira fijamente y sonrío. Él no aguanta su mirada.

CLAUDIA. No solo debe haber lugar para el horror y la desesperación en esta noche, también puede haberlo para la belleza.

Diego y Eva vuelven a mirarse en silencio.

CLAUDIA. ¡Cómo! ¡Un periodista que es capaz de enfrentarse a grandes peligros para conseguir sus reportajes no sabe mirar a una joven y decirle que tiene unos ojos bonitos!

TITO. Vamos, hombre, deja el boli y la cámara, para esta historia no te harán falta.

GUILLERMO. Dejémoslos, lo que menos necesitan son consejos. Me temo que no somos los más indicados para darlos.

Claudia y Guillermo se acercan a la barra.

CLAUDIA. Salgamos a ver el cielo, supongo que se seguirán viendo las estrellas.

GUILLERMO. Sí, siguen ahí fuera y más hermosas que nunca. Ellas no corren peligro.

TITO. Han sido afortunadas al evitar que el hombre las dominara.

Claudia, Guillermo y Tito salen del bar. Se quedan solos Eva y Diego.

DIEGO. Aún no sabemos nuestros nombres.

EVA. Tal vez no sea necesario... Aunque yo me llamo Eva.

DIEGO. Y yo Diego... Es curioso, se dice que al principio hubo una Eva y al final también aparece Eva.

EVA. No hablemos del final. Los que no hemos empezado no necesitamos un final.

DIEGO. Es cierto. Estoy nervioso y no encuentro las palabras adecuadas para este momento.

EVA. Puede que las palabras no sean importantes, hay otras formas de expresarse.

Diego coge las manos de Eva, se acercan lentamente y se besan.

EVA. Es muy hermosa la sensación que produce un beso. Qué pocas veces he podido sentir ese placer.

DIEGO. Me gustaría estar a solas contigo, pero en otro sitio. Ellos pueden regresar en cualquier momento.

EVA. No disponemos de mucho tiempo.

DIEGO. Tenemos suficiente. Pasemos por esa puerta.

EVA. ¿Sabes dónde da?

DIEGO. ¿Acaso importa?

EVA. No, en esta noche ya no importa nada.

Diego y Eva abandonan la sala. Regresan Claudia, Guillermo y Tito acompañados de Julia.

TITO. Ya le he dicho que aquí no está su hijo, ni le conocemos.

JULIA. Tiene que estar, lo he buscado por todos sitios, necesito encontrarlo cuanto antes.

GUILLERMO. ¿Cuánto tiempo hace que se fue?

JULIA. Diez años.

TITO. Y justamente espera encontrarlo hoy.

JULIA. Sí, sé que me necesita, mi pobre niño debe estar solo.

CLAUDIA. Supongo que durante estos años habrá aprendido a cuidarse sin una madre que le mime.

TITO. Además, ¿qué le hace suponer que quiera volver a verla?

JULIA. Un hijo no puede estar sin su madre, sobre todo cuando llegan los momentos difíciles. Sé que él también me estará buscando, eso es algo que una madre sabe.

GUILLERMO. ¿Por qué se fue?

JULIA. Otra mujer me lo robó y le engañó... Le dijo que lo quería más que su madre y él la creyó.

TITO. Pobre niño, no darse cuenta de lo malas que son las mujeres que no son madres. Robarle los hijos a quienes los parieron, amamantaron, cuidaron. ¡Qué

estúpidos somos los hombres al pensar que alguna mujer nos va a querer más que nuestra santa madre!

CLAUDIA. Antes que madre hay que ser mujer, y el destino de toda mujer es quitarle el hijo a otra mujer si quiere llegar a convertirse en madre. Los hijos no son una inversión de la que podamos vivir durante el resto de nuestra vida.

JULIA. Yo quiero encontrar a mi hijo. No se puede morir sin tenerme a su lado.

GUILLERMO. Perdone que sea grosero, pero no he entendido bien si a usted le interesa más su hijo o su muerte.

JULIA. (Gritando.) ¡Qué se habrán creído, ustedes están locos!

TITO. Ya ve, amigo científico, si yo hubiera tenido una madre como esta señora, tampoco hubiera sido feliz, pero no habría muerto solo... Si el día que nací un cura me hubiera dicho: «Tito aceptas a esta mujer como legítima madre y prometes amarla y serle fiel hasta que la muerte os separe». Yo hubiera contestado sí.

JULIA. Usted es un sinvergüenza.

TITO. Afortunadamente, señora, es uno de los pocos privilegios que me quedan.

CLAUDIA. Me temo, señora, que ni podemos resolver su problema, ni somos la mejor compañía que pueda encontrar una madre decente en una noche de tragedia.

GUILLERMO. ¿Por qué no intenta buscarlo en los refugios? Allí es posible que lo encuentre.

La mujer se da media vuelta y se encamina hacia la puerta.

JULIA. (Saliendo del bar.) Pobre Juanito. ¿Dónde estás Juanito?

TITO. Esperemos que Juanito haya llegado a ser Juan.

GUILLERMO. Los chicos no están.

CLAUDIA. Es una buena señal, al menos alguien habrá disfrutado durante esta noche.

TITO. Esa es la única actitud inteligente. ¿Para qué

han valido todas las palabras que hemos derrochado?

CLAUDIA. Para matar el tiempo, que la vida la perderemos solos.

Los tres se miran en silencio.

GUILLERMO. Ha llegado la hora de marcharme.

CLAUDIA. ¿Dónde va?

GUILLERMO. Adonde pueda ver la colisión, falta menos de una hora y sin duda será un fenómeno irrepetible y maravilloso de contemplar.

TITO. Yo también quiero ver ese prodigio de la naturaleza que lleva millones de años esperando a cruzarse en nuestro camino para hacer justicia. Si hubo un Dios, esto lo tenía previsto.

CLAUDIA. Tengo mucho miedo de quedarme sola. He descubierto que no me asusta la muerte, lo que me aterra es la soledad. ¿Puedo ir con ustedes?

GUILLERMO. Desde luego, será un placer compartir con ustedes el último amanecer.

Salen los tres del escenario.